

momento en que se habla; v. gr.: yo escribo en este momento, *yazayurum*, y el indeterminado, v. gr.: él escribe velozmente, *tez yazsar*. De los presentes, se derivan los dos imperfectos, los perfectos definidos é indefinidos, el pluscuamperfecto, los futuros y dos condicionales. Todos los tiempos están formados de participios y del verbo auxiliar, por este se dice en el presente, yo soy amante etc.

El optativo que se emplea en las súplicas y en las órdenes, tiene la letra característica *h*, que se pronuncia *a ó e*, y que se pone después de la raíz del verbo. Es digno de notarse, que el gobierno, reputado entre nosotros por uno de los mas despóticos, use en sus órdenes de un modo que sirve para suplicar.

El conjuntivo tiene la letra característica *s*, que se pronuncia *sa ó se*, después de la raíz del verbo. Los tiempos de este modo van precedidos frecuentemente, de la conjunción *eguer*, sí. El infinitivo tiene tres formas; dos que pueden declinarse y recibir al fin las mismas sílabas que se agregan á los nombres, para expresar los pronombres posesivos, y otra que repetedida, indica la repetición de la acción; v. gr.: *oronyá oronyá*, leyendo mucho, ó á fuerza de leer.

Los participios son numerosos; hay muchos para el presente, otros para el pasado, y otros para el futuro. Entre los de pasado, usan los turcos con mucha frecuencia, el terminado en *dous ó duy*, dándole las terminaciones usadas para expresar los pronombres posesivos, y declinándole como nombre, y posponiéndole.

El verbo pasivo, se forma, añadiendo á la raíz del activo, la letra *l*, que se pronuncia, *il ó ul*; v. gr.: amar, *semeq*; ser amado, *sevilmeq*; batir, *courman*, ser batido *courulmak*. Pero los verbos cuya radical termina en vocal, ó en la letra *l*, forman la pasiva, añadiendo á la raíz del activo la letra *n*.

El verbo negativo, se forma agregando una *m*, á la raíz del afirmativo, y pronunciándola, *ma ó me*; v. gr.: reír, *gubmeq*; no reír, *gubnámeg*; mirar, *bakmak*, no mirar, *bakmamak*.

Del verbo negativo, se forma otro nuevo para denotar la impotencia; intercalando entre la raíz del verbo y la *m* de la negación, una *h* muda que se pronuncia, *a ó e*; v. gr.: no ha podido eír, *guleknaédi*; no ha podido ser visto, *basalhamádi*.

Del verbo activo se forma el transitivo posponiendo á la raíz la sílaba *dur*; v. gr.: hacer mirar *bakdurmak*; y esta frase "hizo que no pudo mirar"; se espresa con una sola voz turca; *bakduramádi*. No obstante, hay verbos que en

esta forma, en lugar de la sílaba *dur* toman solamente una *t* ó una *r*.

Del activo, se forma el reflexivo, añadiendo á la raíz la letra *n* que se pronuncia *in ó un*; v. gr. amarse así mismo, *sevinmeq*.

Para obtener un reciproco, se agrega á la raíz del indicativo la sílaba *ich ó ueh*; v. gr. mirarse reciprocamente, *bakichnak*.

De los nombres se forman verbos con añadir las sílabas, *la ó lan*, *lé ó len*; v. gr.: de oro, *altoun*, se forma dorar, *altounlamak*.

Los Turcos, forman, tambien muchos verbos, tomando un nombre arábigo ó persa, y agregándole como verbo auxiliar, *imeq*, hacer ú *olmak* ser. v. gr. *igrám*, honor: *igrám imeq*, honrar; *vasil*, el que llega, (*ceeniens*) *vasil olmak* llegar (*esse veniens*.)

Cuando los turcos quieren espresar una persona que se ocupa regularmente en algo, ó que ejerce un oficio, añaden á la palabra de la cosa, la terminación *dji ó tchi*, v. gr.: *ichoka* paño: *tchokadji* fabricante de paños; *kappou* puerta; *kappoudji* portero, *yol* camino; *yoldji*, caminante.

De los nombres personales se forman los abstractos, juntando á los primeros, la terminación *liq ó lih* v. gr. *lost* amigo, *destlik*, amistad: *duchmen* enemigo, *duchmentliq* enemistad.

Para formar de un nombre sustantivo un adjetivo, que espresé el posesor de la cosa significada por el sustantivo, agregan á este los turcos, la terminación *lu ó li* v. gr. *akyl* ingenio, *akylli*, el que tiene ingenio, ingenioso, *at*, caballo; *altu*, el que tiene caballo, caballero.

Esta misma terminación, junta con los nombres de ciudades ó de países, sirve para espresar los habitantes ú originarios de ellos: v. gr. *Istanbul*, Constantinopla; *istambullu*; Constantinopolitano; *franckta*, Francia *frantchata*, francés.

Los diminutivos que se usan frecuentemente para halagar, están formados de las terminaciones *djir*, *djik* ó *tchik* agregadas á los nombres sustantivos v. gr. *quitab*, libro; *quitabchik*, librito; *ana*, madre; *anadjik*, madrecita. Con estos diminutivos, se forman otros, agregándoles la terminación *az ó ez* v. gr. *el*, mano; *eldjiques*, manecita pequeña.

Los diminutivos de los adjetivos, se forman con la terminación *dje ó tche* v. gr. *ak blanco*; *avtche*, blanquisco; *yavin* cerca, *yavindje*, un poco mas cerca.

En la construcción de dos nombres sustantivos regidos uno de otro, los turcos ponen pri-

mero el que está en genitivo, y juntan al otro el pronombre posesivo de la tercera persona v. gr. la casa de mi hermano, *Kardachunúel*, es decir, de mi hermano *su* casa.

Todas las preposiciones son verdaderamente en tres posiciones, pues siempre van después del nombre; rigen ciertos casos: v. gr.: con nuestro padre, *babanuz ilé*; después de mí, *benden sonra*; hasta París, *Parisé deg*.

La construcción turca se parece mucho á la latina, por las inversiones, y el verbo se coloca siempre en el fin de la frase.

El estilo de la Puerta y de los historiadores

es mas elegante y hermoso, segun ellos, mientras mas largos y compuestos de mas frases son los periodos que lo forman. Se sirven entonces de los participios y gerundios, para señalar el fin de cada frase, y colocan el verbo principal en indicativo, terminando la cláusula. Esta especie de composición exige una atención sostenida, y conviene á un pueblo tan grave, como el turco.

Nota.—Las palabras turcas léanse como en francés.

CORINA.



STA muger célebre, así por su belleza como por su talento, nació en Tenagra en Beocia cerca de Thebas, (en el siglo V antes de J. C.) „Los Beocios, dice el autor del *Voyage* del joven Anacarsis, carecen de aquella penetración y vivacidad que caracteriza á los Atenienses, pero debe acusarse mas bien á la educación que á la naturaleza. Si parecen tardos y estúpidos, es por que son ignorantes y toscos; y como se ocupan mas en los ejercicios del cuerpo que en los del alma, no tienen ni el don de la palabra, ni las gracias de la elocucion, ni los conocimientos que se adquieren en el comercio con las letras; ni aquellas esterioridades seductoras que son mas bien artificiales que naturales.“ Difícil es conciliar este concepto con otros testimonios que presenta la historia á favor de los Thebanos. Muchos de entre ellos han hecho honor á la escuela de Sócrates, y este pueblo inflamado con el amor de la gloria produjo grandes capitanes, como Epaminondas, tan distinguido por sus conocimientos como por su genio militar. El pueblo Thebano amaba la música con pasión, tributaba un culto religioso y lleno de gracia á las musas, al Dios que las

inspira y al amor que tambien forma poetas. En Beocia fué endonde nacieron Hesiodo rival muchas veces de Homero, y Corina y Pindaro quienes fueron considerados casi como unas divinidades; y la misma Atenas no concedió mas brillantes recompensas á Escilo, á Sophocles y á Eurípides. Al contemplar á Pindaro colmado de honores en su patria parece que se ve al *Demócoco* de Homero en el banquete del rey Alcinoó, y no obstante á pesar de su ingenio y de su fama fué vencido cinco veces, en los combates de poesía por Corina que habia estudiado con él este hermoso arte, bajo la dirección de la famosa Myrtis. Con todo, segun el dicho de un escritor de la antigüedad, cuando se leen las obras de Corina se pregunta porqué fueron preferidas á las de Pindaro, y cuando se vé su retrato se pregunta porqué no lo fueron siempre. Esta reflexión es muy justa cuando se aplica á los griegos y particularmente á los Thebanos, quienes consagraban himnos á la belleza, como á los mismos dioses, y casi la confundian con la virtud, de la que era á sus ojos la mas encantadora imágen. Cualquiera que sea la causa de los triunfos de Corina sobre su rival, parece al menos que ella unia á las mas felices inspiraciones un ejercitado discernimiento; pero sus sabios consejos no pudieron

corregir enteramente á Píndaro de la desgraciada inclinación que tenía de recargar sus argumentos de ficciones, cuyo exceso fastidiaba aun á los mismos griegos tan apasionados á la fábula.

La tradición nos refiere que el lírico Thebano no soportó tranquilamente la humillación de verse derrotado por una muger, y que provocándola á nuevos combates, le prodigó en ellos mil injurias á manera de Archiloco, sin guardar el menor miramiento á los jueces del concurso, que el calificaba de ineptos; pero jamas se observó que Corina olvidase la reserva de su recreo, ni profanase su talento usando de represas ofensivas. Pausanias, Suidas y Antonio Liberalis citan muchas obras de su tiempo atribuidas á esta muger célebre; hoy no nos queda de ellas mas que un corto número de

fragmentos recogidos por Fulvio Mino y por Cristiano Wolf en los fragmentos y elogios de las ocho poetisas, de que ha dado una edición. La reputación de Corina se sostuvo toda su vida, y sus compatriotas colocaron su sepulcro en un lugar de los mas concurridos de la ciudad, donde existía aun con su retrato en tiempo de Pausanias. Según Suidas hubo dos Corinas, como hubo dos Saphos.

Las Myrtis, las Saphos, las Corinas y las demas poetisas de la Grecia, parece que han sobresalido en el conocimiento del arte y poseído todos sus secretos, lo cual es un resultado de sus brillantes disposiciones y de su profundo estudio.

P. T. TIRSO.

¡ADIOS!



RISIE humanidad! Cuanto has menester para la dicha, y cuanto poco se requiere para amargar tus dias! El sol que luce en el zénit con el esplendor de la mirada de un Dios, la luna que ilumina los montes y las praderas, los palacios y los sepulcros, con una luz tan dulce como un recuerdo de amor, la lluvia que fecunda los campos y la tempestad que estremece mis miembros y me hace sentir la existencia de un Dios, cuyas órdenes son truenos, el crepúsculo matutino que cubre de oro y nacar la bóveda celeste, el brillar incierto y melancólico de la estrella vespertina, el aroma de las rosas y de los jazmines, el blando murmullo del riachuelo, el salvaje ruido de la cascada, y en la cima de un copado sauce, el arrullo fierro de la doliente tórtola, no son bastantes á consolar mis penas. Las caricias de un hijo, el pudoroso beso de una esposa, la bendición llorosa de una madre, el suspiro de una amante, y el abrazo

de un amigo enternecen mi corazon, penetran mi alma y me hacen sentir un placer que se ahoga sin embargo en lágrimas. El crujir de las armas, el relinchar del corcel, la brillante laureola de la gloria, ó la esperanza de la inmortalidad, me hacen temblar de gozo, mas de un gozo terrible, de una alegría que respira fuego y que quema el pecho que la abriga. ¡Nada te basta, pobre humanidad!, y en cambio, el olvido de un amigo, la palabra mas insignificante, una sonrisa, un recuerdo, la oscuridad de la noche, la pálida luz de un relámpago, el canto fúnebre del buho, ó los dulces trinos del ruiseñor, el susurrar de las hojas secas que alza el viento, un pavor, un escalofrío que recorre el cuerpo, una opinión, una idea, un error solo bastan á roer la efimera dicha mundana. Mas la imagen de un Dios no debe rendirse, y comienza entonces una lucha horrible, una lucha que debe acabar con la vida, y en la cual el premio se da al valor y á la resignación, y no al vencedor, ni á la fuerza, ni al po-

der. Mas si la desgracia, desplegando sus negras alas, me cubre con ellas, envolviéndome en el denso humo que respira, qué me queda que hacer sino cruzar los brazos, alzar mis miradas al cielo y esperar que el huracán doble mi cerviz, sin hacerme mover como se inclina en la espesura la añosa encina? Despedirme de las ilusiones de la vida, lanzar un gemido que me ahogue, esclamar tristemente: ¡Placeres, ilusiones, felicidad... Adios!... y derramar una lágrima que será mi último placer, cuando un eco melancólico de la montaña me repita sordamente: felicidad ¡Adios!

Y en esta lucha de un hombre inerme contra la poderosa fortuna no hay golpes que cambiar, no hay sangre cuyos vapores embriaguen al alma, no hay el calor de la pelea, no hay defensa, no hay consuelo. El destino me combate con negros pesares, con hondos padecimientos, con recuerdos amargos, con viles opresiones y con horribles humillaciones; arma su diestra de verdugo con la ingratitud del amigo, y valiéndose de su mas poderosa arma me lanza al cráneo el sentimiento de mi propia desgracia. A mi para rechazar su agresión, para defender mis pesares viejos que no quiero cambiar por otros nuevos, para defender al ménos la libertad de mi entendimiento, me ata los brazos y no me deja mas que una voluntad impotente, y la potestad de hablar para maldecir en mi delirio á la ciega fortuna que mez-

cla tan cruelmente la hiel á mi bebida, y que amasa con acibar las sustancias que me nutren.... Ponc á mi vista á sus protegidos para que compare en mi tormento mi existencia á la suya; y con un dedo descarnado, y con una sonrisa infernal me señala al usurero infame, al seductor vil, al... hombre en fin, á quien su capricho ha elevado.—Y entonces mi voz es trueno, mis ojos brillan, mi alma se arde y mis armas se cubren de veneno, y exhalo en profundas imprecaciones una parte del dolor que desgarrá mis entrañas. Maldigo á la fortuna, deseo bañarme en sangre, pasear mis furibundas miradas por un mundo lleno de miembros palpitantes, deliro, retuerzo mis brazos con furor y... caigo desmayado.... Entonces mi Dios, vuelvo á ti mi doliente voz, caigo de rodillas ante tu trono, detesto mi delirio, imploro tu bondad, y me siento consolado. Ardientes lágrimas surcan mis mejillas y bañan mi pecho que se vivifica con su riego, mis fuerzas crecen, reconozco tu poder, y esperando tu perdón, vuelvo mis empañados ojos al mundo que está á mi espalda, sin pensar mas en la vida, de cuyas ilusiones me despido, repitiéndoles con resignación, ¡Adios! hasta que llegue la hora solemne en que acaben mis penas, hasta que me toque con su dedo frío la impasible muerte.

J. M. DEL CASTILLO.

DESCUBRIMIENTO

DEL REINO DE QUIVIRA.



ECHA la conquista del Nuevo-Mundo, enseñoreados de sus mas fértiles y ricas porciones los hijos y los señores de la vieja Europa, no contentos aun con la parte que la fortuna les habia dado, deseosos de eternizar su memoria como Colón, ó mas bien de allegar mas tesoros á los ya adquiridos, Tom. II.

no se mostraban satisfechos sin entrar en nuevas expediciones. Puede, y ha podido caracterizarse el siglo XVI, con el título del de las empresas y de los descubrimientos de tierras, porque fué casi el espíritu de la época. Los hombres siempre anhelando por una gloria que en vano se adquieren cuando no la disfrutan, sacrifican las comodidades de la vida por dejar con su nombre un vago recuerdo de sus haza-

has á la posteridad. Por dispensarse ademas del trabajo que habrian de emplear, á fin de proveerse lo necesario para pasar con regalo una vida deliciosa, consuman en las mas penosas tareas sus mas preciosos días y por donde quiera que les parece haber visto abierta una fuente de riquezas, se lanzan sin detenerse en examinar la exactitud y la veracidad de las relaciones que les han sido hechas. Esto donde principalmente se nota es en las empresas del Nuevo-Mundo, al tiempo de su descubrimiento, en que el simple dicho de un crédito ó de un falaz viajero ponía en movimiento á pueblos enteros.

Cuando Cortés hizo relacion de las riquezas de la Nueva-España á la corte del emperador, vinieron á disfrutar sus placeres multitud de aventureros que veían ya abiertas las arcas de todo género de recursos; tambien hemos visto marchar de la misma México al Nuevo-México, á una infinidad que en poco tiempo se alistó; pero no fueron estas las únicas expediciones. Gobernando el conde de Tendilla, D. Antonio de Mendoza, en el año de 1539, para obsequiar los órdenes del soberano, escarmantado del poco fruto que se recogía de la conquista en que eran empleadas las armas, convenido por el contrario de los brillantes efectos de la predicacion evangélica, por los consejos de su amigo D. Fr. Bartolomé de las Casas, dió comision á Fr. Marcos de Nisa, religioso instruido, del orden de S. Francisco, de la provincia del Santo Evangelio, que algun tiempo despues dirigió en clase de ministro provincial, aunque Torquemada refiere que lo era en la actualidad, y que por las noticias de otro religioso que habia venido del Norte, se movió á hacer este viage, para que estendiera la conquista hasta donde le fuese posible. Hallábase este religioso en Culiacán, adonde habia ido de México por orden del virey cuando fué nombrado, y se le encargó al mismo tiempo por él, entre otras cosas sobre que le instruyó, que se acompañara del intérprete Estevan de Orantes, y si le ocurriese alguna cosa ó se alejase mucho á fin de que pudiese ser hallado, en los árboles de su tránsito, escavando en su pié ó en las bocas de los ríos metiera las cartas que escribiese, dando en ellas razon de su derrotero, y después de cubiertas con tierra colocara en señal una cruz, é igualmente, cuando descubriera una poblacion formando un monton de piedras, que colocara en medio de ellas la cruz, tomando posesion del lugar en nombre del Viso-rey D. Antonio de Mendoza.

De esta manera instruido, Fr. Marcos em-

prendió su viage, saliendo el 7 de marzo de 38 con un religioso de su orden, Estebanico y otra mucha gente. Con un carácter dulce y amable y con la suavidad de un apóstol del Evangelio, grangeándose el ánimo y estimacion de los indigenas, nuestro misionero se fué interrando poco á poco por las tierras de Sinaloa, de cuyos pueblos le salian á recibir los naturales mas respetuosamente que lo pudieran hacer con sus señores, y con tanta afabilidad y agrado como con sus amigos. Asi como iba interriándose buen trecho de aquellas regiones, sabia por los señores y gente principal lo que ya por la plebe no ignoraba, que en tierras de mas adentro existían siete hermosísimas ciudades que eran el reino de un gran señor, y de las cuales era la primera Cibola: que los edificios de esta ciudad eran bellísimos y soberbiamente contruidos, formados con turquescas, que en ellos brillaban el oro y las piedras preciosas: mas esquisitas: que allí vestían sus moradores trajes semejantes á los de los españoles, fabricados del pelo de unos animales iguales en tamaño á los galgos que llevaban consigo los expedicionarios: que las mugeres eran hermosas y usaban pendientes de oro en las orejas, collares de piedras engarzadas en el mismo metal, brazaletes de la misma manera; y en fin, que solo la poblacion de Cibola excedía en número incomparable á México, no siendo, aunque la mas inmediata, la mas grande y bella de las siete ciudades. Tambien se le dijo que Acus, Tontac y Maraca, eran tres poderosos reinos, residencia de grandes monarcas, los cuales se hallaban mas allá de las siete ciudades, de las que la principal era Acahuas.

Despertose con estas noticias en Fr. Marcos un deseo vivísimo de entrar en aquellas tan alabadas poblaciones, y aunque hasta allí habia cumplido fielmente las órdenes del virey en cuanto al camino que debía seguir, propuso en su corazon de separarse de él ahora, porque era menester hacerlo asi; de otra manera no llegaría á Cibola como lo tenia dispuesto en su ánimo. Es de advertir que caminaba ya con algunas preciosidades que le habian sido ofrecidas, cueros de vaca muy bien curtidos y piedras y perlas, y otras cosillas y un cuero de muy grandes dimensiones de un animal que, segun le dijeron, tenia en la frente un solo cuerno; porque en todos los lugares por donde pasaba le hacían presentes no olvidándose él al salir de tomar posesion segun lo prevenido por Mendoza. En el último lugar donde se halló y fué muy bien recibido de los señores y gente

principal, confirmadas que le fueron las noticias de que tenemos hablado, algunos se comprometieron á encaminarle, y antes Estevanico se adelantó con no poca compañía, y pasándose algunos días le escribió con un indio que saliese cuanto antes á despoblado para unirsele, porque del lugar donde se hallaba apenas treinta jornadas habia que hacer para llegar á Cibola. En efecto, Fr. Marcos se puso en camino y descubria el derrotero por las cartas de Estebanico que hallaba al pié de los árboles colocada la cruz convenida.

Pocos días, veinte jornadas, habia andado nuestro buen religioso cuando se se le presentó acoñojado un indio de los que con Estevan habia marchado, anunciándole como al acercarse éste á Cibola habia mandado al señor de la ciudad su calabazo que tenia unas fajas en derredor con cascabeles y una pluma blanca en el un lado y una pluma encarnada en el otro, y como viesse el señor los cascabeles, luego arrojando al suelo el calabazo habia dicho: „estas gentes ya las conozco, yo las haré dar muerte, estos cascabeles no se parecen á los míos,“ y que entónces habia dicho Estevan que habia de ser donde mejor los recibieran y que no temia por lo mismo acercarse como lo hizo; pero no lo dejaron entrar y lo metieron con toda su gente que eran mas de trescientos hombres á una casa grande, de donde á la madrugada se habia salido á una fuente el indio que hacia esta relacion á apagar la sed, y luego vió á la demas gente que salía corriendo y que la iban asetaando. Fr. Marcos se echó á llorar con sus compañeros y dijo que estaba resuelto á morir, y así repartió á todos lo que llevaba, asegurando que ponía en duda lo que aquel indio acababa de notificar. Ademas de la persuacion de los otros, que decian debia darse crédito á la noticia, ésta la confirmaron otros dos indios que á poco vinieron hecidos refiriendo lo mismo y que á Estevan le habian despojado de todo lo que tenia en su poder, sin saber ellos cual era su paradero, pues no le habian visto salir con los que murieron asetaados, que fueron en número de mas de trescientos y entre los cuales fingiéndose ellos tambien muertos lograron escapar salvos.

Cuando Fr. Marcos tuvo las noticias que mas le animaron sobre Cibola, no luego se separó de las costas por donde debía ir segun lo prevenido por Mendoza: le fué dicho que á cuatro jornadas pasando la cordillera, encontraba una Abra, que eran unas hermosas llanuras pertenecientes á Cibola. Desde entónces repar-

tió sus comisionados que marchasen por distintos rumbos, y entre ellos Estevan, de cuya expedicion hemos ya visto el resultado, y él, hechas unas veinte jornadas, ya pronto á desviarse del camino hasta allí seguido, recibió tan funesta nueva, pero sin desanimarse por ella, antes bien fué adelante con su comitiva y dos señores principales del último lugar, habiéndole demas temido, desamparándole, despedido y vuéltose.

Aproximóse, pues, á Cibola, y determinó entrar en la ciudad; pero reflexionando que si moria no volvería á llevar noticias á la Nueva-España, se fué á mirarla por un lado y vió una hermosísima ciudad situada en una muy bella llanura, rodeada de lindos cerros y bañada por deliciosos rios, y de una estension mayor que México. Colocó en seguida su montecillo de piedras y en medio la cruz, tomando posesion en nombre del Viso-rey D. Antonio de Mendoza por la corona de Castilla y Leon. Hecho esto regresó á la villa de S. Miguel de Culiacán, en donde pensaba encontrar á Francisco Vazquez Coronado, gobernador de la nueva España, y como no le hallara allí, escribió una minuciosa relacion de su descubrimiento que envió al virey y á su provincial.

Cual sea el poderio de la codicia, lo muestra bien á las claras este viage, pues excitado de ella el padre Nisa, desobedeció las órdenes del virey, desviándose de la ruta que le tenia marcada, y mas cuando Estevan le hacia saber por sus cartas que podía á ojo cerrado dar crédito á lo del descubrimiento porque los indios no le engañaban, asegurándole todos los que al paso encontraba una misma cosa, en que era difícil se pusiesen de acuerdo.

La misma codicia movió los ánimos de Mendoza, Cortés y el adelantado Pedro de Alvarado, cuando se recibió en México la relacion de Nisa. Todos tres á porfia querian conquistar aquellas tierras sin querer ceder á otro la gloria, apoyando cada uno sus derechos para la empresa. D. Antonio defendía que como virey y por las especiales órdenes que habia recibido al salir de la corte, estaba obligado á entender hasta donde le fuese posible la conquista de la parte del Nuevo-Mundo que se hallaba á su cargo. Cortés por su lado, sostenía que ademas de ser capitán general habia celebrado un ajuste con el rey para conquistar y descubrir nuevas tierras, por cuya causa tenia aprestados siete ó ocho buques. Alvarado, por último, alegaba tambien un ajuste convenido para conquistar las tierras de mas allá de ja

Nueva-Galicia, que le estaba sujeta en el mando militar, por lo que del mismo modo que Cortés tenía sus buques dispuestos.

Viendo, pues, el conquistador de México, que Mendoza no cedía un punto de sus pretensiones, y que coleccionaba dinero y disponía gente para llevar al cabo la empresa, dispuso hacer otro tanto por su parte, y así ordenó á Francisco de Ulloa que marchase con tres naves, y entre tanto, resentido él, pasó á Europa á quejarse con el emperador.

El vírey por su parte no descuidó la empresa, y al efecto trató de concertarse con Alvarado, á quien hizo llamar de Quautimallan donde se hallaba. Convino Alvarado comprometiéndose á tomar á su cargo la expedición, y estando á punto de partir, recibió aviso de un levantamiento en la Nueva-Galicia, á cuya provincia se fué inmediatamente y en la cual pereció en 1544, combatiendo por hacer cesar la rebelión que lo obligara á partir. Mendoza, que no pudo ya valerse del mismo Alvarado, concertó con él de otro modo el ajuste, poniendo éste sus naves á disposición de aquel, quien confió la empresa á Francisco Vazquez Coronado, gobernador de la Nueva-Galicia, y el mismo en cuya compañía habia ido hasta Culiacan Fr. Marcos de Nisa.

Emprendió Ulloa caminar, y luego fué batido por vientos recios contrarios que despues de hacerle perder algun tiempo le echaron á pié que un navio sin desanimarle, porque continuó con los dos restantes que habia sacado del puerto. El temporal no dejó de molestarlo durante su infructuosa y larga navegacion, y ya cansados los que iban en su compañía le rogaban que se volviese porque se les escaseaban los viveres; él preguntó quienes le querian seguir, y marchando con ellos en un solo buque, haciendo volver á los otros, se fué, siendo esta la última noticia que se ha tenido hasta la fecha del capitán Francisco de Ulloa. Este fué el resultado del descubrimiento de las siete hermosas ciudades por parte de Cortés.

Francisco Vazquez Coronado se fué por Culiacan sin separarse del derrotero marcado por el padre Nisa. Caminó mucho tiempo y grande estension de tierras, y al cabo de haber andado trescientas leguas, el indio que le guiaba le anunció que se habian separado como dos-

cientas del camino que debian tomar para las ciudades. A cualquiera habria desanimado este contratiempo en época de menor credulidad y de menor ambicion; pero en la que vamos hablando se arrostraban mayores inconvenientes por la posicion de tierras tan ricas de ciudades tan populosas, bellas y civilizadas. Así, pues, Coronado hizo al indio que le dirigiese por donde debia, y él se convino en ello bajo la condicion de que separaran de su lado á otro que le acompañaba y con quien se hallaba desavenido. Siguieron la nueva via, y despues de muchas jornadas se les dijo que estaban muy inmediatos á las ciudades: llenáronse todos de regocijo y entraron como lo esperaban en una bella llanura con rios hermosos que la regaban, y en derredor pintorescos cerros. En medio de aquella llanura estaban situados como cinco ó siete pueblos de doscientos habitantes cada uno, cuyas casas construidas de carrizales se hallaban cubiertas de sacate, que sirviéndolas de techo bajaba en algunas hasta el suelo. Naturalmente se negaron á creer los españoles que este fuese el ponderado reino de las siete ciudades, pero asegurándoles que eran las últimas poblaciones fuera de Actus, que se hallaba un poco mas adelante, emprendieron vengar á Estevanico y sus compañeros y castigar al señor de Cibola.

Para socorrer á Vazquez comisionó Mendoza á Hernando Alarcon, que costease con los buques de Alvarado. Llevó por supuesto las mismas esperanzas de encontrar fortuna, y como Vazquez volvió desengañado despues de haber perdido mucho tiempo sin hacer descubrimientos de importancia, pues lo mismo que aquel, á lo que por casualidad veia nuevo le daba luego nombre sin detenerse en investigaciones.

Por no parecer difusos hemos omitido la minuciosísima relacion que hacen de este viaje los historiadores, juzgando que nos basta para convencer del exceso de la credulidad á un espremo casi increíble lo que referimos, y lo que es mas, que á pesar de estos desengaños no fué esta la última expedición por la sola noticia de famosos terrenos, por el único deseo de satisfacer á la avaricia.

CARLOS M. SAAVEDRA.



MUCHAS COSAS DICHAS EN POCAS PALABRAS,

POE G. G. GOETTON.

—XXXXXXXXXX—

CONTINUACION.

Por cada grande ingenio que produce un libro pequenísimo, tenemos millares de talentos muy medianos, que dan de sí volúmenes de á folio.

Pocos hombres hallamos solos con ménos frecuencia, y ningunos se fastidian mas prontamente de su propia compañía que aquellos fatuos muy pagados de sí mismos.

Lamentable cosa sería por cierto que los bienes de este mundo llegasen á ser mas estimables ó ménos transitorios; que tan indignos y perecederos como son en sí, hay gentes, y no pocas, que los quisieran poseer, aun á trueque de sus mismas almas.

Preguntado un loco llamado Brothers, por qué le habian encerrado en la casa de locos de Bedlam, contestó: todo proviene de una ligera divergencia de opiniones entre mí y el mundo; este sostenia que yo habia perdido el juicio, y yo que él era quien deliraba, pero perdí la votacion y aquí me tenéis.

Fué asesino Enrique VIII ántes que aparecer como adúltero. En estos nuestros tiempos acontece que aquellos que se hacen culpables de adulterio, creen borrar de su reputacion la mancha de haber seducido á una muger, con manifestarse prontos á verter la sangre del marido.

Hablar mal de nosotros es el mayor bien que pueden hacernos los malvados, y el único servicio que saben prestar gratuitamente.

Gentes hay que conceden un favor con tal torpeza y de tan mala manera, que nos dejan mas bien que complacidos, disgustados. La urbanidad de tales entes se asemeja á la de aquel que por mostrarse cortés nos presenta el patuelo que se nos cayó, levantándolo del suelo con un par de pinzas.

La entumecida mano del Tiempo es doblemente activa é industriosa, pues no se contenta con arrancar las flores, sino que ha de reem-

plazarlas con espinas. Castiga á los malos con el recuerdo del tiempo pasado, con los padecimientos del presente y la prevision de los futuros, hasta que al fin llega á ser la muerte el único remedio, porque la misma vida es la única dolencia.

La hipocresía da muerte á la religion para espantar á los necios con su sombra.

Los distraídos quieren siempre que se les tenga por personas de gran capacidad, y para conseguirlo afectan olvidar aquellas cosas de que todos se acuerdan. Otro tanto pretenden los anticuarios, bien que siguiendo el rumbo opuesto, pues no es otro su oficio que traer á la memoria lo que todo el mundo ha tentado por conveniente olvidar. En mi humilde concepto, la sociedad aventajaría muchísimo si estas dos clases de individuos cambiasen de papeles.

La avaricia ha echado por tierra mas fortunas que la misma prodigalidad, y no son tantos los que se han visto sumergidos en la miseria por su insensata y ciega manía de gastar, como por la calculadora, pero insaciable sed de adquirir.

Para conocer á un hombre conviene observarle cuando en alguna disputa sale vencedor, y la razon es, que si pierde, acaso le sustentara su orgullo, mas si gana, frecuentemente le traiciona.

Desde el momento en que un gobierno se sobrepone á las leyes, usurpa un poder que, semejante á la fuerza convulsiva de un demente, como se origina de una enfermedad, acarrea siempre desmayo y postracion.

El hábito de hablar, segun Bacon, hace á los hombres espeditos, la lectura los hace sólidos é instruidos, y el escribir hácelos correctos. Lo primero puede ser cierto, porque no hay duda sino que aquellos que tienen menos que decir, son comunmente los que están mas prontos á hablar; pero la lectura no siempre hace ins-

truidos á los hombres; que hay algunos cuya memoria es parecida á los cubos de las hijas de Danae que nada retenían, y la tienen otros tan fatal, que á semejanza de los cedazos de que hacen uso en los molinos, solo retienen el salvado y dejan escapar la harina. Ni se consigue con el mucho escribir lo que asienta. Bacon, pues entonces pretenderían pasar por correctos algunos autores muy voluminosos á quienes los lectores enviarían de bonísima gana y con mayor justicia á una casa de corrección. Si es lícito comparar la riqueza intelectual con la metálica, podrá tal vez decirse, que por el modo como se espresa un hombre se puede venir en conocimiento de la cantidad que tiene disponible en dinero contante: de su lectura puede sacarse en limpio cuantos y qué especie de legados le han dejado, y en fin, por los escritos se podrá calcular la cantidad hasta donde le es permitido girar letras sobre su banquero.

Puede ocurrir que por ser un hombre demasiado profundo, no nos sea dable conocer su mérito en la primera entrevista que con él tenemos, ni tampoco en la segunda, si acaso fuere taciturno ó precavido en el hablar; pero si lleva adelante su reserva en la tercera, yo sospecharía que la *profundidad* de tal individuo es un vicio.

La amistad suele convertirse en amor, pero el amor en amistad, jamás.

No juzgo de la gente anciana tan mal como aquel francés que suponía que si gusta de dar buenos consejos es porque ya no está en su mano el dar malos ejemplos; pero si recomendaría yo la jovialidad á los ancianos, porque la vejez sin buen humor es semejante á un invierno de Laponia, frío y sin sol. Para que en la vejez podamos disfrutar de las ventajas que proporciona un ánimo contento, debían inspirarnos aquella apacible disposición desde la infancia, que así como el tiempo mejora el sabor del vino generoso, también convierte en ingrato vinagre el licor que desde el principio fué ácido.

Muchos objetos hay que atormentan nuestro ánimo, cual agudas espinas, hasta que los conseguimos, y que un momento despues se tornan en dardos emponzoñados para el corazón.

La ocupacion, segun creo, es remedio mas eficaz para curar del fastidio á la vida social: un ingles noble, rico y dueño de cuanto es capaz de hacer la vida apetecible, se la quitó un

dia y dejó escrito: „que se habia dedicado á cometer tal crimen, únicamente porque ya estaba cansado de vestirse por las mañanas y desnudarse por las noches.

Los tres grandes apóstoles del ateísmo práctico, que hacen prosélitos sin perseguir, y los conservan en su gremio sin necesidad de predicar, son el dinero, la salud y el poder.

El amor es un alquimista que posee el secreto de convertir el veneno en alimento, y que, á semejanza de ciertos falderillos, prefiere aun el castigo que le aplica la mano de su dueño á las caricias que le hace otra cualquiera; pero en el amor, así como en la guerra, somos deudores las mas veces de la victoria que alcanzamos á lo débil de la resistencia, antes que á lo acertado y vigoroso del ataque. La mera ociosidad ha perdido á mas mugeres que la pasión; la vanidad mas que la ociosidad, y mas que entrambas, la credulidad.

El que á sabiendas se pone á defender un error, cualquiera que sea, hace una gravísima ofensa á aquellos que le escuchan; pues viene á ser como si claramente les dijese: „este error defendido por mí, puede mas que la misma verdad sustentada por vosotros.

Cuando nada tengais que responder, no digais nada; que si la defensa es tibia y débil, solo sirve para dar mayor fuerza al argumento del contrario. El silencio perjudica menos que una respuesta importuna y mal dada.

La ciencia de las matemáticas, á semejanza del Nilo, es en su principio pobre y diminuta; pero despues crece y es en su fin caudalosa y magnífica. El estudio de la metalésica, por el contrario, comienza por un estrepitoso torrente de vocablos y tropos que va á perderse en los espacios de la obscuridad y de la conjetura, á manera del Níger en los áridos desiertos de Africa.

Muchas personas á quienes parece el dia por extremo largo, son de opinion que es la vida sumamente corta; pues breve como es su realidad, no falta quien la crea muy larga para poder sobrevivir á su salud, á su hacienda y á su honra.

En las obras del lord Byron se encuentran versos tan sublimes que á nadie pudieron ocurrir sino á él, y hay tambien otros, que nadie sino él pudo atreverse á escribir y publicar.

La alabanza en boca del envidioso merece todavía ménos crédito que el vituperio; porque

el tal elogio solamente á aquellos á quienes cree hacer ventaja, al paso que censura siempre á todos los que en algo le pueden sobrepasar.

Sucedec frecuentemente en la jurisprudencia civil que hay tantas leyes que no halla cabida la justicia; y que los litigantes son victimas de un *entuerto* en la morada misma del Derecho, como aquellos marineros que perecen de sed en medio del Océano.

Exigir que un escritor, sea cual fuere su *ca-libre*, se valga solo de sus propios materiales y recursos, es tan injusto y tan estravagante, como insistir en que ni Cánova ni Miguel Angelo merecen alabanza, porque no crearon el mármol de que hicieron sus estatuas.

El hipocricia sirve al diablo sin salario; pero el envidioso no solamente lo sirve sin retribucion, sino que recibe despues castigo por sus padecimientos y congojas.

Es ciertamente lamentable que la luz intelectual que aventaja tanto á la del sol en influencia y poder, le sea tan inferior en punto á rapidez. Los luminaires de la ciencia llegan á su esplendor meridiano sin que la multitud haga alto en ellos, porque mira al través del denso velo de la preocupacion, el orgullo y la ignorancia. A diferencia del sol del firmamento no iluminan estas lumbreras del saber hasta que han desaparecido de la superficie de la tierra.

La Inglaterra puede soportar mas desarreglo, mas lujo y corrupcion que ningun otro pueblo de la tierra, y los que han fundado las predicciones que hicieron de su decadencia en analogias tomadas de otros reinos, afortunadamente han sido burlados; porque cuenta la nacion británica con cuatro puntos de apoyo de que carecen otros países; dos de ellos son materiales, el fierro y el carbon: los otros dos son morales, la libertad de imprenta y el juicio por jurados. Y es digno de notarse que estas cuatro fuentes de poder son mutuamente conservativas, pues si llegase á intentarse destruir las dos ultimas, están las dos primeras admirablemente adaptadas para defenderlas.

„No me diréis que es el hombre, privado de la luz que viene del cielo? Una endeble y fragil criatura que suspendida encima del templo, angosto y helado istmo entre dos eternidades, nada ve sino impenetrable oscuridad de la una banda, y duda, desconfianza y afflictio-

vas congeturas hácia la otra. De buena gana haría el hombre alguna observacion para averiguar de donde viene y á donde tiene de ir, pero no está en su mano, porque su telescopio es muy opaco, su aguja incapaz de fijarse, y sumamente corta su plomada. El limitado espacio que ahora ocupa, está cubierto de arena movediza, que en el instante menos esperado se puede hundir bajo sus plantas, y que por mas que lo escurdirne no le da la mas ligera idea del insondable océano que tal vez ha cruzado ya, ni del que mal de su grado tendrá que atravesar. Espantosa jornada ciertamente, que á cada instante que se demora, mas se acerca y acelera, y en que hasta los mismos preparativos nos contrastan é infunden pavor, porque la barca es un ataud, el lugar de su destino, las tieblas, y el piloto la misma muerte.

La conducta del avariento es diametralmente opuesta al principio que guió á Esopo al escoger su carga, pues aumenta el peso de las provisiones y equipaje, á medida que se acerca el fin de la jornada.

Hay hombres que comienzan la carrera de la vida honradamente, pero reciben en ella tantos desengaños, sufren tales contratiempos, que se desnudan al fin de su conciencia, no sea que se le cuenten los hilos con tanta facilidad, como á sus raidas chupas. Degradacion es esta que se observa en muchas de aquellas gentes cuyos principios tienen hondas raices en la tierra, y nunca son refrigerados por el consolador rocío del cielo. Empiezan bien estos hombres, mas terminan fatalisimamente, á semejanza de cierto abogado que aseguró patrocinaba malas causas, porque ya estaba cansado de perder las buenas.

Los editores de las obras de Milton, han ganado con la publicacion de ellas mas libras esterlinas, que peniques valieron á su autor; y Garrick el trigo hizo mas dinero en una sola noche, con representar en una de las tragedias de Shakespeare, que este grande hombre con todas las que escribió.

Me parece que Warburton es quien hizo una distincion mas exacta entre un hombre verdaderamente grande y otro mediano. „Si de-seas, dice, hacerte recomendable á los ojos del primero, cuida de que cuando te despidas haya un formado buena opinion de tí; mas si fuese tu ánimo complacer al segundo, manifiéstale que has formado alto concepto de él.

La ley debería ser respecto de la espada, lo

que para la hacha el mango, que sirve para dirigir el golpe con acierto y moderar su fuerza cual conviene.

Cuando la muchedumbre os aplauda, preguntaos á vos mismo seriamente: ¿Qué mal he hecho? y si os censura: ¿Qué bien he podido hacer?

La vivacidad en la juventud suele pasar por ingenio, así como el reposo por rudeza.

No es tan digno de compasion el que no consiga agradar á nadie, como aquel á quien nada es capaz de complacer.

No arriesgamos nada en aprender de nuestros mismos enemigos, pero si es aventurado el enseñar aún á aquellos que son nuestros amigos.

Nos resignamos cuando mas á estar en compañía de aquellos que pueden instruirnos, al paso que apeteemos y buscamos la sociedad de los que aprenden de nosotros. En nuestra propia estimacion sabemos mucho siempre que podemos hacer á otros partícipes de nuestros conocimientos, y creemos, por el contrario haber desmerecido, cuando en vez de comunicar instruccion la recibimos. Así, bien puede aplicarse al talento, lo que han observado otros respecto á la traicion: que buscamos la instruccion y nos aprovechamos de ella, pero que al instructor lo detestamos.

Butler comparaba las lenguas de ciertos habladores sempiternos, á los caballos de carrera, que mientras ménos peso llevan, corren con mas velocidad, y Cumberland observó que los tales se apoderan de la conversacion como el saltador de la bolsa de un caminante, sin saber lo que contiene, ni curarse de si pertenece á este ó aquel. La conversacion viene á ser la música del alma; es una orquesta intelectual en que todos los instrumentos han de tomar parte sin juntarse ningunos. Los que los tocan deben, pues, calcular de antemano hasta donde alcanzan sus fuerzas respectivas, porque si desgraciadamente se apodera del primer violín algun torpe é indiscreto principiante, resultará infaliblemente un general desconcierto. Para evitar que tal suceda, el director de la orquesta debe poner todo su esmero en que los concurrentes no sean en la aptitud muy desiguales, ó no habrá armonía, ni muy pocos, ó no habrá variedad, ni tampoco muchos, para que haya orden. Con un solo tambor

hasta y sobra para que no pueda disfrutarse de un hermosísimo solo de Paganini.

Dos cosas hay que bien meditaciones bastarian para evitar mil altercados; á saber: si la disputa que se ha trabado tan solo es sobre palabras; y si aquello en que diferimos de opinion merece la pena de ser controvertido.

La elocuencia es el idioma de la naturaleza, y por consiguiente no puede aprenderse en las aulas; pero la retórica es hija del arte, y por esto vemos que sobresalen en ella los que ménos sienten. La retórica viene á ser respecto de la elocuencia, lo que el empirismo comparado con la medicina; pues si bien vende aquel panaceas y remedios secretos, no por eso le es dado hacer curas radicales.

Un bribon vengativo hará mas de lo que dice: otro que se dice obligado, hará menos de lo que promete.

Cuando alguna cosa merece la aprobacion de los sensatos, es seguro que la multitud confirmará este juicio, porque el manifestarse en tal caso complacida, no hace sino dar á entender que su gusto es fino y delicado.

Es la nobleza semejante á un rio cuya corriente se dirige sin desviarse un solo punto hacia el grande Océano Pacifico del tiempo; pero que á diferencia de todos los demas rios, es mas grande donde nace que donde desemboca.

Cuando perdemos un perro ó un caballo que apreciábamos, procuramos comunmente consolarnos recordando los defectos que tenian, y no es raro que nos tranquilicemos por medio de semejantes reminiscencias, cuando muere algun amigo ó pariente que nada nos dejó.

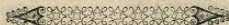
Topamos á veces con hombres que han adquirido profundos conocimientos en algunos ramos del saber, pero que los tienen tan reservados y escondidos, que á ningun otro hombre son de la menor utilidad. Las personas de este jaez son como un buen cronómetro sin manecillas, el cual, aunque siempre esté exacto, no sirve ni para corregir á otro inexacto, ni para hacer algun descubrimiento ó una observacion.

(Se continuará.)



EL

OCEANO DE TINTA.



Quae in vita usurpant homines, cogitant, curant, vident, quaeque agunt vigilantes, agrillatque, ea cuique in somno accidunt.

Cicero de Divinat.



ICERON en el trozo que lleva este artículo por via de epigrafe, dice muy bien, que generalmente el sueño nos reproduce las imágenes que han herido nuestra imaginacion mientras despiertos. Lo que mas me ha confirmado en esta idea ha sido un sueño que tuve noches pasadas, y que voy á referir á mis lectores.

Claro es que para un periodista no hay idea que mas le persiga que la de su periódico. Si el periodista sumergido en una profunda meditacion se ocupa como acostumbran los mirmidones de la pluma en contar una á una las vigas del techo de su camaranchon, una idea repentina viene á sacarle de su éxtasis esta idea es la del periódico. Si el periodista relaja por un momento la regla, desarruga la frente y se entrega á los dulces transportes del amor al soñar dicha en los brazos de su amada, una sombra vaporosa y terrífica-cual la del rey de Dinamarca cuando se presentó á su hijo el cuitado Hamlet, viene á turbar su ventura, le ase con fuerza de los cabellos y grita con voz de trueno ¡el periódico! Si el periodista arroja la pluma que ha producido artículos á porrillo, y embozado en su capa (si es que pertenece á la clase de periodistas que tienen capa) se dirige al paseo á respirar el ambiente de la tarde, repentinamente hierre su tímpano la destemplada voz de un gacetero que con robusto acento ofrece al público nada menos que el periódico. Si el periodista va en la noche al teatro, acaso al presenciar la escena mas patética, al escuchar el mejor trozo de poesia, un pensamiento viene á interrumpir su placer; el pobre hombre se espantuzna al recordar el periódico. En fin el pe-

riodista y su periódico forman un ser misto incomprendible, ó mas bien dos seres unidos en una misteriosa *biología*, como diria un romántico. Dejémos ya al periodista y vamos á mi sueño.

Has de saber, amigo lector, que me vi transportado como por encantamiento á orillas de un mar, cuyas ondas eran tan negras como el ébano. Multitud de bajeles lo surcaban y tomaban una de dos direcciones: parte de ellos corria á toda vela hacia una isla de cuyo centro se elevaba un templo magnífico, y parte hacia una costa que brillaba con el metal que hizo tan afamadas en la antigüedad á las arenas del Pactolo. Absorto me quedé con semejante espectáculo, hasta que una mano que se colocó sobre mi hombro vino á sacarme de mi arrobamiento. Volví prontamente la cara y ví á mi lado á la mas estraña figura. Era un anciano seco y encorbado cuya barba blanca estaba salpicada de tinta, sus ojos estaban amortiguados, su cuerpo cubierto de pedazos pintoreados de papel; en una mano tenia un palo de tintero con que trazaba de cuando en cuando caracteres misteriosos en la orla de su vestido; y en la otra un mendrugo de pan del que arrancaba despues de multiplicados esfuerzos una que otra miserable migaja.

—Yo soy tu genio tutelár, me dijo con cascada voz.

—Mucho me huelgo de ello, respondi.

—¿Te encuentras con valor para darte á la vela en el oceano de tinta?

—Supuesto que eres mi genio debes saber que soy audaz, y de consiguiente inútil tu pregunta.

—Pues bien, entra conmigo en este esquite.

—Entramos en efecto en un barquichuelo

Estupefactos nos quedamos sin saber á qué peligro atender. Nuestro fragil barco se estrelló en aquel momento contra el pico de una roca... á poco luchábamos contra las olas con la desesperacion de la muerte. En vano mis dedos se encorvaron como las uñas del halcon, mis cabellos se erizaron, mi cuerpo todo fué presa de una mortal rigidez, mi respiracion se volvía por momentos mas y mas penosa, iba á morir...

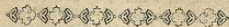
Una voz que parecia salir del cielo, como vió súbitamente mi máquina y... desperté. Restregueme los ojos, palpé por todos lados:

y me convenci con placer de que todo habia sido un puro sueño, á excepcion de la voz que aunque es cierto que no salia del cielo, si salia de la barbería de enfrente de mi casa, en donde mi diestro rapista entonaba con voz alentorea aquella antiquisima copla que dice,

Prieto me debe dos cuartos
y yo se los debo á Prieto;
Prieto me aprieta por ellos,
y yo por ellos le aprieto.

CALAMOCHA.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



DON LOPE DIAZ DE ARMENDARIZ,

Marqués de Cadereita. Décimosexto virrey de la Nueva-España. Desde 1635 hasta 1640.



1635.

ON el fausto, el lujo, ceremonias y pompa de costumbre, el 16 de setiembre llegó á la poderosa y bella capital de la Nueva-España á relevar al marqués de Cerralvo el de Cadereita. No estaba por cierto en el mejor estado la policia de la capital, cuando por todas partes se dejaba percibir un olor bien desagradable, y que podría ademas perjudicar notoriamente la salud en la poblacion, lo que era efecto del abandono en que estaban las acequias, cuyas aguas sucias y corrompidas, llenas de todo género de inmundicias, hacian inhabitables los parages inmediatos á ellas, que por desgracia eran casi todas las calles de la ciudad, en virtud de lo cual, como primera providencia, ordenó D. Lope al ayuntamiento la limpia de las tales acequias, cuya resolucion fué obedecida inmediatamente, dilatando dos años la limpia, y empleándose en ella catorce mil pesos.

1636.—Algunos vireyes habian ya trabajado en la obra del desagüe, sin lograr que México, como hemos visto, quedara libre absolutamente de las inundaciones, y puede decirse, que solo se ponía mano en la obra y se trataba de llevar adelante cuando amenazaba de cerca el riesgo, cuando se tenía encima la inundacion, ó bien cuando el rey pedía informes y la mandaba continuar. Informado Armendariz del mal que affigia á México, quiso impedirlo á la vez que Felipe le pedía una noticia del desagüe, y una cuenta exacta de lo que importaba. Para llenar sus deseos, y cumplir con el soberano, comisionó, pues, el viray á Fernando Zepeda y á Fernando Castillo, pre intérdoles que estendieran una escritura, en la cual hicieran una minuciosa relacion de todos los gastos hechos en construir y reparar albarradas y calzadas dentro y fuera de la ciudad, y una reseña histórica de la obra del desagüe muy circunstanciada, y refiriendo todos los gastos verificados en ella desde 1607, agregando á todo



D. LOPE DIAZ DE ARMENDARIZ
16. Virrey de México

esto lo que en su opinion juzgaran oportuno para la seguridad de la ciudad. El año entero de 36 se consumió en que cumplieran su comision los nombrados, pues muy á sus principios los llamó el virey.

1637.—A principios de enero fué presentada á D. Lope la escritura mandada hacer, y en la cual se proponian varias cuestiones, referidos minuciosamente los sucesos ocurridos durante la obra del desagüe, con ocasion de ella; las cuestiones eran si convendría conservar el desagüe, para impedir las inundaciones, sin alteracion ninguna, ó bien si seria necesario profundizar el conducto y hacerlo mas ancho, como se verificaria dejándolo descubierto, ó si se agotaria la laguna que mas perjudicaba á México. Si lográndose, se proponia tambien, el objeto que se deseaba, se podria sin riesgo conservar la dicha obra, ó en caso de que el conducto con las medidas indicadas no fuera suficiente para contener todo el cúmulo de aguas, si bastaria con albarradas para impedir las anegaciones. Por último, se asentaba que si de ningun modo se hallaba seguridad, seria muy conveniente que la ciudad se pasase á Hueluetoca. Añadiase á todo esto lo que habia importado hasta entónces la obra, que ascendia á 2.950,164 pesos 7 reales. El virey mandó circular esta escritura á los gremios de la ciudad, convocándolos á junta para el día 7 de abril del mismo año. El día citado se reunieron en efecto los gremios, presididos por el marqués de Cadereita, y de la junta resultó lo que resulta de todas las de su clase; hubo en ella una gran division, pareceres opuestos, y por último, su disolucion sin que se hubiera definido en sustancia cosa alguna. Muchos despues con el virey convieron en la necesidad de hacer grandes reparos, de romper la tierra para profundizar el conducto subterráneo y dejarlo descubierto; pero se advirtió que no podia mudarse la ciudad sin causar trastornos de consideracion y la ruina de innumerables

familias. A consecuencia, el virey decretó en veinte de julio, que se dejara descubierto el desagüe, cuya medida creyó entónces en extremo necesaria, y la obra se conceptió evidentemente superior á la obra misma del desagüe.

Por cédula del rey fué concedido desde este año á la ciudad que fuesen en ella corregidores los alcaldes ordinarios, y la misma ciudad juzgando inútil la mayordomia de propios, la suprimió, acordando su arrendamiento para lo de adelante, aunque en obsequio de la verdad histórica, debemos decir que todavia algunos años despues continuó dándose el 1.º de enero el cargo de mayordomo de propios.

1638.—Nada notable ocurrió en este año, si no fué que un corsario holandés, conocido por el sobrenombre de Pie de palo, costeaba los puertos con tres navios á la expectativa de la flota que debia salir de la Veracruz, pero esta se demoró, mientras el corsario se alejaba, y luego que lo hizo, logró salvarse de sus manos.

1639.—Por precaver en lo sucesivo los riesgos de la flota, y asegurar las costas de Barlovento, puso en ellas el virey una escuadra que solicitó del monarca. Desavenencias nacidas de competencia de jurisdiccion entre Armendariz y el arzobispo Manzo y Zúñiga, hicieron que aquel pidiese la remocion de este, como lo consiguió, dándole el rey el obispado de Badajoz. En diez y seis de setiembre, Felipe IV declaró libres á los indios, prohibiendo su esclavitud con la pena del delito de lesa magestad, providencia digna de un gran monarca.

1640.—Para poblar los desiertos campos del norte, hizo marchar una expedicion el virey, y se fundó á consecuencia en el Nuevo Leon la villa de Cadereita, llamada así del titulo del marqués, y hoy ademas Jimenez, por el héroe de este nombre. A la llegada de su sucesor el veintiocho de agosto, salió de México D. Lope Diaz de Armendariz.

CARLOS M. SAAYEDRA.



DE UN ENSAYO DRAMÁTICO

TITULADO

LOCURAS DE AMOR. Y ZELOS.

SEVILLA 1617.

Sala sencillamente amueblada en casa de D. Juan de Castro, con una puerta de entrada en el fondo: á la derecha el aposento de D.ª Elvira: á la izquierda un balcón que dá á la calle, y mesa con luz á un lado del proscenio.

ESCCNA VII.

DOÑA ELVIRA, DON JUAN,

(La primera trata de ocultar su agitacion á la vista de D. Juan que cólerico se presenta en la puerta del fondo, donde dice los primeros versos.)

DON JUAN *(aparte.)*

ENTRO en mi casa; con placer lo he visto, que amante de mi esposa ó vil ladrón, en ella he de matarle; ¡vive Cristo! sino ha saltado por algun balcón, *(cierra la puerta.)*

DOÑA ELVIRA.

Venid esposo á mis amantes brazos,

DON JUAN.

¡Atras!

DOÑA ELVIRA.

Que es esto? en vuestro juicio estais?

DON JUAN.

¡Traidora, atras! que en ellos los pedazos de mi honra pienso que á entregarme vais... De mi venganza al paso que se alarga el plazo, crece mi baldon tambien, y juro á Dios que á sostener tal carga no hallo en mí, fuerzas que resistan bien!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué proferis?...!

DON JUAN.

Que mi fatal fortuna me ha dado en vos una muger tan vil, que harto es difícil encontrar con una tan desleal entre mugeres mil.

DOÑA ELVIRA.

Don Juan, os hallo loco!...

DON JUAN.

¿Estar podría

cuerto, señora, cuando viendo estoy que habeis causado la deshonra mia con vuestras torpes liviandades hoy? ¿Sabeis que os hice una encomienda grave, y os di una llave en que mi honor guardar? Y ¿sabeis que perdiéndose esa llave no es fácil otra igual de fabricar? ¿Sabeis que abierta de mi honra la caja no hay cerradura que le guarde bien? Y en fin, aunque al decirlo me sonroje ¿sabeis que aquí desapareció mi honor? ¿Que si al sagrado de su Dios se acoge no hade valerle al criminal raptor!...

DOÑA ELVIRA.

¡Atónita os escucho! tal lenguaje me ofende en lo mas vivo.... ¡Terco afán! os oigo hablar de honor, y de un ultraje.... y no os comprendo, por mi fé, Don Juan!... ¡Dudais que supe la encomienda grave desempeñar, que me confiastes vos! ¡Dudais que ilesa conservé la llave

que deposita la honra de los dos! ¿Qué hecha pedazos encontráis la caja de nuestro honor? La lengua contened; el conservar ilesa su cerraja, mucho importa á mi recato ved!... Y dando suelta á vuestros locos celos que os despojaron del honor decís!...

DON JUAN.

Lo tengo por muy cierto.

DOÑA ELVIRA.

¡Por los cielos, Don Juan os aseguro, que mentís!

DON JUAN.

¡A mi que me entó!

DOÑA ELVIRA.

¿Presumis acaso que guardadora infiel de vuestro honor?...

DON JUAN.

Presumo solamente que fué escaso Vuestro esmero con él...

DOÑA ELVIRA.

(con dignidad.) ¡Cómo... ¡Señor!

DON JUAN.

Estrañeza fingiendo engañadora, ¿creéis mi ojeo evitar?... os engañais! que yo he llegado á presentarme en hora que á presenciarlo vine...

DOÑA ELVIRA.

¿Qué... pensais?

DON JUAN. *(con sarcasmo.)*

Pienso tan solo que hay muger ingrata, que teniendo en muy poco su opinion, escucha con placer la serenata que la da un hombre, al pié de su balcón. Pienso tambien que una muger casada, y mas si ausente de su esposo está, cercana se halla ya de ser culpada si á tales cantos los oídos da, Y que á mis puertas hubo una pendencia pienso, y que fuisteis el motivo vos; que hicieron á una ronda resistencia y que estos son vuestros amantes dos... Que soy el hombre, Doña Elvira, pienso á quien robaron su ventura ayer, y que vos sois, por su baldon inmenso, de ese hombre sin ventura la muger,

Y admiro que la faz no se os inmuda, cuando os hablo con language tal, que la mas vil infame prostituta se sonrojara, al vuestro en caso igual. Y he resuelto por fin, que si mañana no cumplo mi venganza, en la ciudad han de miraros por la mas liviana.

DOÑA ELVIRA. *(con altivez.)*

Don Juan!...

DON JUAN.

Silencio!...

DOÑA ELVIRA.

Me insultais!

DON JUAN.

Callad!...

DOÑA ELVIRA.

¿Que calle escije, quien de mi honra duda! no será ¡vive Dios! en esta vez ¡habré de estar, cuando me ultrajan, muda, sin que reviente ajada mi altivez?

¿Quereis que al escucharos me sonroje, de un crimen que no entró en mi corazón, y que insensata á vuestros piés me arroje á demandaros sin porque, perdon?

Doy por cierto Don Juan que las canciones, fueron por mí, si lo quereis así: doilo tambien que al pié de mis balcones una pendencia se travó por mí.

¿Qué hallais aqui de vuestro honor en mengua?

¿qué en menoscabo de mi honor aqui? cortad, celoso, á mi cantar la lengua, mas no insensato me culpeis á mí.

¿Puedo estorvar que se arme una pendencia por mí, Don Juan, como dijisteis vos, y que hagan á una ronda resistencia y que estos sean mis amantes dos?

¿Que un hombre riña, aunque por causa mia, he de impedirlo yo, débil muger? ¿No hay en Sevilla, acaso, policia que de esto cuide, si este es su deber?

DON JUAN. *(aparte.)*

¿Que aun intenta burlarse es lo que llevo á comprender tan solo, y voto al Cid!...

DOÑA ELVIRA.

Decid ¡puedo estorbar!...

DON JUAN.
 Callad os ruego;
 á mi me toca preguntar, decid....
 ...ya doy por cierto lo que vos dijisteis,
 la riña no era fácil de evitar;
 doy por cierto tambien, que no pudisteis
 hacer al hombre que os cantó callar....
 Mas huir de que enfara en vuestra casa
 ese hombre, no pudisteis la ocasion?..

DOÑA ELVIRA.
 Sellad el lábio de que torpe pasa
 al proferir tan necia sinrazon.

DON JUAN.
 ¿Necia llamaisla, cuando sé señora
 que ese hombre oculto aun en mi casa está?
 Decid, decid, que es sin razon ahora,
 lo que palpando estoy.

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*
 Lo sabe ya!
 Ah! tu dudaste de mi fe insesato
 por unas leves apariencias hoy;
 pues yo que altiva de vengarme trato
 tus zelos á apurar, astuta voy.

DON JUAN.
 Vamos, señora, porque el tiempo vuela,
 y de estarnos no es cosa aqui los dos,
 vos proyectando en vuestro afan, cautela,
 y yo con mi impaciencia ¡vive Dios!
 Decid cómo se llama y dó se esconde
 el embozado bulto que poco há,
 se entró, vos lo sabeis cómo y por donde
 hasta mi mismo pabellon quizá. *(pauza.)*
 ¿Callais?... ya la vergüenza á vuestros ojos
 se asoma Doña Elvira.... ¡mal finjis!...

(con sonrisa sinistra.)
 ¡Decid, fingiendo á vuestro juez enojos,
 „mentis esposo por mi fé...“

DOÑA ELVIRA. *(colérica.)*
 Mentis!

DON JUAN. *(furioso.)*
 Otra vez! vive Dios, que estáis reacia!
 ¿Vuestro delito me negais aun?...
 Mas si tardo en tomarla, se desgracia
 hoy mi venganza....

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*
 Que será comun!
*(Doña Elvira cerca de la puerta de su aposento,
 Don Juan coge la luz y se dirige á él despues
 de haber hecho la siguiente pregunta.)*

DON JUAN.
 ¿Insistireis en ocultar á ese hombre
 decid, señora, si os burlais de mí?

LEONOR. *(presentándose.)*
 Vedme aqui
*(Leonor, embozada en traje de hombre, con
 calzas se presenta en la puerta del aposento,
 fingiendo valor y serenidad, al tiempo que D.
 Juan iba en su busca; este retrocede y vuelve á
 dejar la luz sobre la mesa.)*

ECENA VIII.
 DICHOS Y LEONOR.

DON JUAN. *(aparte.)*
 En su aposento, Cielos!

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*
 Imprudente.

DON JUAN. *(aparte.)*
 Esto, por Dios, que es demasiado ya!

(alto á D.^a Elvira.)
 ¿Es honrada, Señora quien consiente
 que un hombre en su aposento?...

LEONOR.
 Bien está;
 Tiempo teneis de castigarla luego
 si en vuestro enojo me malais aqui.

DON JUAN.
 Mancebo ¿teneis prisa?

LEONOR.
 No lo niego.

DON JUAN.
 Pláceme pues.

DOÑA ELVIRA. *(aparte.)*
 Que audacia!

LEONOR. *(aparte.)*
 Estoy sin mil
*(Al adelantarse Leonor, pasa por junto á D.
 Elvira y se hablan en voz baja.)*

DOÑA ELVIRA.
 Prolonga, si es que puedes, este enredo.

LEONOR.
 Te juro que en la duda ha de quedar.
 Quedando á oscuras, facilmente puedo,
 pues bajo está, por el balcon saltar.

DON JUAN.
 Holgárame de ver vuestro semblante
 por conoceros.

LEONOR. *(aparte.)*
 Mataré la luz!

DON JUAN.
 Quitaos el embozo....

LEONOR.
 En este instante
 no puedo, perdonad.

DON JUAN.
(Le hará capuz.)
 Riñamos pues, porque abreviar me importa
 el tiempo, caballero.

LEONOR.
 Pronto estoy
(vuelve á hablar con D.^a Elvira.)

No temas....

DOÑA ELVIRA.
 Mas ¿la riña?

LEONOR.
 Será corta;

por el balcon á descolgarme voy.

DON JUAN.
 Brios teneis!

LEONOR.
 Ya llegareis á vello;
*(quedarnos en tinieblas es mejor;
 vamos, buen tino me dé Dios, que de ello
 todos mis afanes penden.... (desencuina y ma-
 ta la luz de una cuchillada.)*

DON JUAN.
 Ah!... Traidor!

*(La escena queda á oscuras: Leonor se dirige
 hacia el balcon: Don Juan dá en vano en la
 oscuridad cuchilladas al aire.)*

LEONOR.
 Quiero poner entre los dos un muro
 de oscuridad....

DON JUAN.
 Pues por la cruz
 de mi cuchilla, y por mi honor os juro
 que á ver no vuelven vuestros ojos luz.

Hablad mancebo si no sois cobarde,
 para que os pueda por la voz hallar;
 ¿porqué esconderos, si temprano ó tarde,
 vendreis, cadáver, á mis pies á estar?

LEONOR. *(buscando el balcon.)*
(Dónde estará.)

DOÑA ELVIRA.
(De su valor me espanto!)

DON JUAN.
(Mis ojos vierlen por hallarle hiell)

DOÑA ELVIRA.
(Si lograra escaparse...)

DON JUAN.
*(Por Dios santo
 que no ha de salir vivo!)*

LEONOR.
(Di con él.)

(abre el balcon y se va.)
 DON JUAN.

¿No quereis contestar? ¡Criados, olá!
 luces al punto. *(abre la puerta del fondo y lle-
 va.)*

DOÑA ELVIRA.

Reportad, Don Juan

DON JUAN.

Con sangre solamente se acrisola mi honor, que ya ultrajado...

DOÑA ELVIRA.

Tercero afan!

DON JUAN

¡Por Dios que hoy mató a mis criados todos: luces! (entra un criado con luces y vuelve Don Juan á cerrar la puerta)

DOÑA ELVIRA.

(Respiro; ya por el balcon...)

(se sienta tranquila)

DON JUAN

Conque al cabo y al fin, de todos modos, mancheo... pero ¡dónde!... Maldiciente! (recorriendo la escena vé el balcon abierto y da un golpe furioso con una de sus hojas; pausa)

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS LEONOR.

DON JUAN (ap.)

¡Buenos quedamos venganza! se ha escapado ¡vive Dios... pues á los dos, la esperanza de matar no se me alcanza, .. mataré á uno de los dos!...

Pero á ella... no; no es cordura; si dá en negar y la mato, ¡quien mas tarde me asegura que lo que hice en mi locura no fué un vil asesinato?

(Pausa, y enciende su espada)

Veamos, que es lo que dice

(á Doña Elvira.)

Este suceso, Señora, no es bien que mi enojo atize? ¿No hay harta motivo ahora para que me escandalice?

Para, probar su inocencia, ¿que á su marido responde la muger que en su imprudencia á un hombre en su cuarto esconde de su marido en ausencia? ¿Que disculpa, ó que razon, puede esta esposa alegar que disipe tal borron, Si cada una á su traicion un crimen vendrá á aumentar? Decid que en vuestro aposento no estuvo un hombre, Señora, y si vuestro atrevimiento llega á tal grado, que miento decidme tambien ahora.

DOÑA ELVIRA.

Pensad pues á vuestro antojo de mi, Don Juan, pero luego, ya que sufro este sonrojo, no me culpeis si en mi enojo á mi venganza me entrego. Solo una disculpa en mi halla en el caso presente mi labio que nunca miente,

DON JUAN,

¿Una disculpa?

DOÑA ELVIRA

Una, si

DON JUAN.

y ¿cual?

DOÑA ELVIRA,

Que soy inocente,

Don Juan (con calma)

Mucho me ultrajasteis, mucho; y al contemplar los agravios con que, por vos, ahora lucho, no sé cómo vos escucho, sin arrancaros los labios.

Pero una sola palabra puede salvaros aun: una, que el camino me abra para la venganza, y labra nuestro bienestar comun. Del hombre que estuvo aquí decidme el nombre.

DOÑA ELVIRA.

Eso no!

DON JUAN.

¿Eso me decís á mí?

DOÑA ELVIRA.

No puedo decirlo yo,

DON JUAN.

Pero ¿sabéislo?

DOÑA ELVIRA.

Eso sí! ¡Y me lo ocultais? ¡oh iral... Os doy un dia, por Dios; mientras este plazo espira, ganad tiempo Doña Elvira, rogad al cielo por vos!...

DOÑA ELVIRA.

¿Me mataréis?

DON JUAN

Eso quiere, si en mi venganza hoy no toca,

DOÑA ELVIRA

Y yo castigaros, loco, que hubisteis así altanero mi honor... y el vuestro en tan poco!

¡Eo vuestro mismo arrebató voy á castigaros hoy... Sois Don Juan, esposo ingrato!

Yo os haré ver, insensanto, lo que valgo y lo que soy! (caca.)

Diciembre 1842.

ALEJANDRO RIVERO.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON DIEGO LOPEZ PACHECO CABRERA

Y BOBADILLA.

Duque de Escalona, marqués de Villena y grande de España de primera clase. Décimoséptimo virrey de la Nueva-España.

DESDE 1640 HASTA 1642.

1640.



DOTADO de un carácter jovial, de una afabilidad estremada, y de la viveza y atractivos propios de la edad temprana, el joven duque de Escalona arribó á la Veracruz, atrayéndose luego las atenciones de todos, de tal suerte, que habiendo desembarcado el 24 de junio,

fué detenido por los vecinos á presenciar los espectáculos que le prevenían y permanecer algun tiempo allí. como lo hizo, quedándose hasta mediados de agosto que salió para México, á la cual llegó el 28 de dicho mes. Con el duque venia el venerable Palafox con el carácter de visitador y encargado de residenciar al marqués de Cádiz, que tuvo mucho que

sufrir de sus enemigos. Confió tambien el virey al mismo prelado la residencia del marqués de Cerralvo, quien habia dejado sus poderes para contestar á los cargos que le fuesen hechos. Entretanto Bobadilla dispuso, en cumplimiento de las instrucciones que habia de Felipe IV, que el gobernador de Sinaloa Luis Cestinos, fuese á las Californias y observase sus costas y las islas inmediatas, como lo verificó acompañado de dos jesuitas. En seguida espresó al virey, que si bien aquellos naturales eran de un carácter apacible y las costas abundantes de placeres, es decir, como se queria manifestar en aquella época, llenas de perlas, eran sin embargo demasiado estériles aquellas tierras. Para indemnizar al contador de alcabalas se le designó desde este año el uno por ciento de lo que recaudase.

1641.—Encomendadas á los órdenes regulares desde los tiempos de la conquista las doctrinas de los indios, se tropezaba con una multitud de inconvenientes que embarazaban la jurisdiccion de los ordinarios y no ménos la instrucción de los indios, porque, como refiere Torquemada, y respecto del Perú el duque de la Palata, los prelados regulares á los capitulos generales de cada orden removian á su arbitrio á los doctrineros, sin que bastasen á impedirlo las reales cédulas y disposiciones pontificias, porque cuando por ellas se prohibió su remocion se erigieron en guardiamias y prioratos, y bajo el pretexto unas veces de que las reglas prohiben la reeleccion, otras de que les conferian diversas comisiones, los regulares doctrineros se mudaban, „porque,“ dice el duque de la Palata, „las doctrinas enriquecian á los frailes con las obvençiones de los indios, y no estaba bien que no les tocase parte igual á todos.“ Con esta esperanza, continúa el mismo, „no hay hombre de escasa fortuna que no emprenda entrar en religion, arbitrio único para hacerse rico á poca costa, y este mal, por desgracia, es inevitable, ya por el corto número de eclesiásticos seculares, ya porque los obispos no tienen mucho cuidado en conferir el ministerio y órden sagrados á los sujetos mas aptos, de suerte que no puede echarse mano de ellos.“ El Sr. Palafox pidió, pues, en obvio de estos males, con instancia al duque de Escalona, que quitase las doctrinas á los frailes, y como el duque *deseaba favorecerle*, no tuvo inconveniente en hacer lo que pedía. Pronto veremos á este prelado *correspondiendo* al aprecio que de él hacia el duque.

1642.—Acacció en este año el incendio mas memorable en México, que comenzando al

principio de la noche del 24 de febrero, ayudado de un fuerte viento durante toda ella, abrasó completamente las casas del estado.

Promovido Palafox al arzobispado de México, bajo el pretexto de tomar posesion y de abrir la visita de los tribunales, se presentó en la capital en el mes de junio. Traia por principal objeto quitar el vireinato al marqués de Villena, quedando en su lugar y obligando á Bobadilla á que pasase á la corte á dar cuenta de su conducta. A este intento, el 9 de junio, vispera de Pentecostés, á la media noche reunió á los oidores haciendo leer en su presencia los pliegos de su nombramiento y comision. Hecho esto, mandó cercar el palacio de guardias á la madrugada del dia siguiente domingo de Pascua, y encargó al oidor Andrés Prado de Lugo que notificase la cédula al virey. Hallábase este aun en la cama, y luego que Lugo le hizo la notificacion se marchó al convento de dieguinos de Churubusco. La noticia de esta desagradable ocurrencia, á la vez que pareció mal á los mexicanos que ignoraban la causa, les consternó demasiado porque el marqués se habia hecho amar de ellos, quienes se hallaban muy satisfechos de su gobierno. El Sr. Palafox, respetamos su buena opinion, digno sucesor en esta parte de D. Pedro Romero, obispo de la Puebla y visitador de Villa-Manrique, *correspondiendo* á la estimacion que le tenia el de Escalona, hizo que le embargaran todos sus bienes y remató en almoneda pública sus alhajas.

Declarado el duque de Braganza rey del Portugal, cuyo reino se separó de la dominacion española, el gobierno de la peninsula reeclababa de todo lo que tuviera relacion con el Portugal. Sucedió por una parte que el marqués de Villena tenia relaciones de parentesco con el duque de Braganza, y como por otra fué aquel acusado ante el rey Felipe de haberse mostrado decidido en favor de los portugueses, receloso por el buen nombre que en México se habia sabido adquirir, comisionó para destituirlo al Sr. Palafox. Las causas que apoyaron la acusacion y movieron á la corte segun Cayo y Belancourt, fueron que hubiese nombrado castellano de S. Juan de Ulúa á un portugués, y que su aficcion á los caballos hizo que un dia presentándole entre otros uno D. Pedro de Castilla y otro D. Cristobal de Portugal, como al probarlos le agradase mas el de éste, comenzó á decir *mejor es el de Portugal*, lo que se desfiguró en la corte, y ademas, que el navio que habia enviado á España, por causa de los vientos arribó á las costas de Portugal. He

aquí lo que motivó la remocion del marqués, influir en el ánimo de un visitador que tanto sospechas vagas, acusaciones infundadas á que le debía, que tan bien le conocia. CARLOS M. SAAVEDRA.

L A S O C H O .

(ESTANDO ENFERMO).

EUGUBRE son...! el alma acojonada escucha con pavor esos acentos tristes como los últimos lamentos del débil moribundo.

Entre negra tiniebla envuelto el mundo, azota el viento en el torreon arguido y se prolonga el lugubre gransido del cábaro agorero;

Pálido y oscilante allá un lucero hácia el ocaso con quietud so aleja, y sus rayos refleja la tumba solitaria

. . . . Las ocho son . . . la fúnebre plegaria fantasmas mil con su clamor evoca, y al devoto cristiano lo convoca á orar y meditar. . . .

„Reza, reza por el ánima de tu padre, de tu hermano; reza . . . que tal vez mañana otros rezarán por ti. . .“

. . . Tal vez mañana . . . si . . . funesta idea que ese clamor en mi ánimo despierta; mi alma está para los goces muerta, mas aun quiere gozar.

Morir tan joven! ay! apenas llego á la edad juvenil bella y florida, apenas toco el margen de la vida y ya voy á espirar. . . !

Lloré al nacer porque mis tristes ojos con la luz de la tierra se ofendieron y entre triste llorar tambien crecieron hásta la juventud;

Hoy contemplan la dicha, la hermosura y cuando van ansiosos á acercarse

van mis ojos cansados á cerrarse para siempre á la luz. . . !

Ah! Rosilda, morir . . . morir ahora que empezaba á gustar de la existencia, hoy que halagan el alma á competencia la gloria y el amor!

Es acaso el placer crudo veneno que roe el corazon del desgraciado? . . . es acaso el placer genio malvado que anuncia destruccion? . . .

„No busques necio en el mundo esos placeres inciertos; reza, reza por los muertos, que tu tambien morirás,

. . . . Déjame en paz campana plañidera, calla tu voz que el alma me destroza; por qué perturbas al mortal que goza tal vez su sola y última ilusion?

Dile su muerte al enfermiso anciano para quien es la vida dura carga, el ya gozo de su carrera larga mas olvidáme á mi que aun joven soy.

Deja que grave mi olvidado nombre en el libro divino de la historia; deja que dure al menos mi memoria un dia mas que mi fatal vivir:

Deja que goce en brazos de Rosilda esos deleites del amor primero. . . solo gloria y amor. . . nada mas quiero. . . y luego. . . que es morir. . . ?

Puebla Abril 20 1844.

F. O. B